

# La ruta de Fernando Benítez

Elvira García

*Aunque publicó dos novelas y también incursionó en el teatro, Fernando Benítez llegó a convertirse en uno de los más relevantes periodistas de México por sus ambiciosos e inusitados reportajes de investigación y, con una repercusión no menos significativa, por los suplementos culturales que fundó y dirigió a lo largo de varias décadas. Elvira García ofrece en las siguientes páginas los “apuntes para una biografía” del autor de La ruta de Hernán Cortés y Los indios de México.*

Corría 1947. En un pequeño despacho en la Secretaría de Gobernación, el periodista Fernando Benítez, habilitado como secretario particular de su amigo Héctor Pérez Martínez, subsecretario de Gobernación, colgaba el teléfono, contento. Acababa de recibir una buena noticia: lo nombraban director del periódico *El Nacional*.

Minutos después, a ese mismo despacho entraban dos jóvenes: los escritores Enrique González Casanova y Bernardo Ortiz de Montellano. Lo que vieron lo recordarían por años, muertos de la risa. Así lo contaba Enrique:

Fernando Benítez [...] bailaba encima de su escritorio. Ante él, sentadas en un sofá, dos jóvenes y ya hermosas poetisas reían sonrojadas. Al vernos Fernando saltó al suelo y tomó con su mano izquierda el hombro derecho de Bernardo y con la derecha mi hombro izquierdo, para de-

cirnos, sin más: “¡Me acaban de nombrar director de *El Nacional!*”. Estaba feliz. Apenas reparó en mí. Al hablar se dirigía sólo a Bernardo, decía todo lo que se proponía hacer. De pronto, miró con su mirada miope e inquisitiva, profunda: “¿Tú quién eres?”, preguntó, con un tono que me pareció levemente desdeñoso. Le di mi nombre. Siguió hablando. “Mañana a las once de la mañana tomo posesión del cargo. Los espero, no falten. Quiero llegar con todos mis cuates”. Y dándome la mano, añadió: “No faltes, hermanito”.

Y, con todos sus cuates, Benítez dirigió ese diario y fundó la *Revista Mexicana de Cultura*. Allí ensayó por primera vez su don persuasivo e invitó a talentosos amigos y conocidos suyos a colaborar en la *Revista* que diseñó Miguel Prieto y dirigió Juan Rejano, y en la que escribió buena parte del exilio español republicano.

Pero *El Nacional* de 1947 había perdido el espíritu de los tiempos en que gobernó el país Lázaro Cárdenas, quien lo hizo un órgano que hablaba para y por los campesinos y los obreros, exaltando la Revolución mexicana, en una época en que todavía el término *revolucionario* no caía en la paradoja de *institucionalizarse*.

Por ésa y otras razones, a Fernando le duró menos de un año el gusto de ser director de *El Nacional*. El 12 de febrero de 1948 moría su gran amigo Héctor Pérez Martínez en Veracruz, con apenas cuarenta y dos años de edad. Sin el apoyo de Pérez Martínez, las decisiones editoriales de Benítez en *El Nacional* se tornaron complejas. Un día estallaron en una controversia política con Ernesto Peralta Uruchurtu, quien sustituyó a Pérez Martínez en la subsecretaría de Gobernación y de quien dependía el destino del periódico y de sus directores. La amistad entre Pérez Martínez y Benítez venía de lejos. Se conocieron en San Ildefonso, sitio al cual don Héctor llegó procedente de Campeche, su tierra natal. Con los años, el campechano —que tenía más años que Benítez, pues nació en 1906— sería gobernador de su estado. Don Héctor ejerció honda influencia en él, fundamentalmente en la forma de mirar la historia de México.

Benítez recordaría su paso por aquel diario durante un homenaje que en 1997 le rindió el entonces regente de la Ciudad de México, Óscar Espinosa Villarreal:

tuve que formar una mesa de correctores para mejorar las noticias de los reporteros, que eran detestables, y logré establecer un suplemento cultural que llevaba, bajo mi dirección, el gran poeta español Juan Rejano, director del suplemento hasta su muerte. Al año me corrieron por criticar al reciente PRI y por una serie de coincidencias que no merecen detallarse.

Lo que no dijo ese día es que, harto de tanto control editorial por parte de Uruchurtu, le espetó en la cara: “muela usted a su madre, señor funcionario”.

\*\*\*

Fernando Benítez fue un poliédrico ser humano. Pero todas sus facetas estaban atravesadas por el periodismo. La mayoría de sus libros son investigaciones con el reportaje como género principal. Su mirada honesta, perspicaz revelaba a un curioso innato. Era un preguntón, un reportero de libreta en mano y memoria fotográfica que usaba al máximo para no olvidar detalle de la geografía mexicana que conoció, como pocos.

Para Benítez los libros eran la vida, no una herramienta de trabajo. Aprendió de niño la habilidad para leerlos veloz y vorazmente. Cuenta la leyenda, en boca de José Emilio Pacheco, que adolescente apenas, Fernan-

do iba a casa de Luis González Obregón, a leerle esos volúmenes que los apagados ojos del viejo cronista ya no podían devorar. Imagino que en esas sesiones nació en Benítez la gana de caminar la ciudad donde nació, aquel Centro que tuvo una calle llamada Plateros en una de cuyas residencias habitó Porfirio Díaz.

Las tareas del dandy que nació en 1912, apellidado Benítez Gutiérrez, fueron incontables, intensas y apasionadas, pero todas marcadas esencialmente por el periodismo. La más conocida es la de creador de suplementos culturales. Desde ellos convocó a intelectuales que durante cinco décadas nutrieron el periodismo cultural.

Pero don Fernando sabía cambiarse el *chip* mental de manera asombrosa. Cumplía con el suplemento que en ese momento encabezaba y daba vuelta al cerrojo cultural para mirar lejos, con sus ojos inquisitivos y míopes. Más allá del paisaje cultural mexicano observaba lo que ocurría en países como China y Cuba, a los cuales viajó y cuyas experiencias pasarían a ser libros con sabor periodístico. Oteando en el horizonte de su patria, se percataba del drama de México, un país que rechaza, relega y maltrata a sus indios. Alargando las horas de su día, investigaba incesante acerca de ellos, como si en esa labor le fuera la vida. Desempolvaba documentos, abría libros, consultaba hemerotecas, pero sobre todo hacía un trabajo de campo. Iba al lugar de los hechos.

Y, cuando eso decidía, ocurría la transformación: el hombre de gustos y afanes exquisitos colgaba en el clóset sus trajes bien cortados para ir a ensuciarse los zapatos y la camisa de polvo ancestral, en tierra de indios. Días, semanas, meses se sumergía en esos otros seres que también era: el antropólogo, el etnólogo y el historiador que ejercía sin título, por pura pasión. Allí están sus libros, teñidos de esas disciplinas y, si no son mejores, sí más humanos y dramáticos que los fríos tratados de puño y letra de esos especialistas de renombre, con quienes tuvo serias diferencias. La mayoría menospreciaba su tarea; para ellos, él era “un simple periodista”. Benítez decía convencido: “lo que rechazan los antropólogos y los historiadores, yo lo acepto”.

Fernando fue y vino por el mundo; subió y bajó montañas. Hacía periodismo, periodismo de investigación hoy tan de moda, del cual él fue pionero, hace cincuenta años. Anduvo por caminos ya trazados y abrió otros en tierras agrestes. Comió el hongo sagrado, que le ofreció María Sabina, y el peyote que le convidó el Maracame en Real de Catorce.

Durante esas ceremonias donde el tiempo avanza de manera distinta, Benítez lavaba su pedantería y presunción del criollo que era —él lo confesaba sin ambages— exponiéndose al mismo frío que soportan los indios descobijados y abandonados por los gobernantes ladinos, los que viven “allá abajo”. Comía frijoles con tortilla y chile en rincones inhóspitos de la geografía me-

xicana. Años después, montó helicópteros y avionetas para reconocer con dolor que el Valle de México, el otro “hermoso valle metafísico” de Alfonso Reyes, seguía siendo violado de todas las formas posibles, empeñados habitantes y autoridades en que perdiera su aire de región más transparente, convirtiéndolo en nube de polvo y *debris*, caos constructivo y poblacional; la Calcuta mexicana con hambre, inseguridad y violencia.

De regreso de esos viajes iniciáticos, quizás expiación de ancestrales culpas de clase, Benítez necesitaba endulzarse la existencia y arrancarse el dolor visto y vivido. Entonces volvía a ser el dandy de siempre: vestía uno de sus impecables trajes y se daba al disfrute de la amistad, salpimentada con la mejor comida, los buenos vinos y la cosecha de amores de antología con algunas de las mujeres más hermosas de México. Carlos Fuentes lo describió con bisturí literario. Dijo que poseía “un corazón de izquierda con vientre de derecha”.

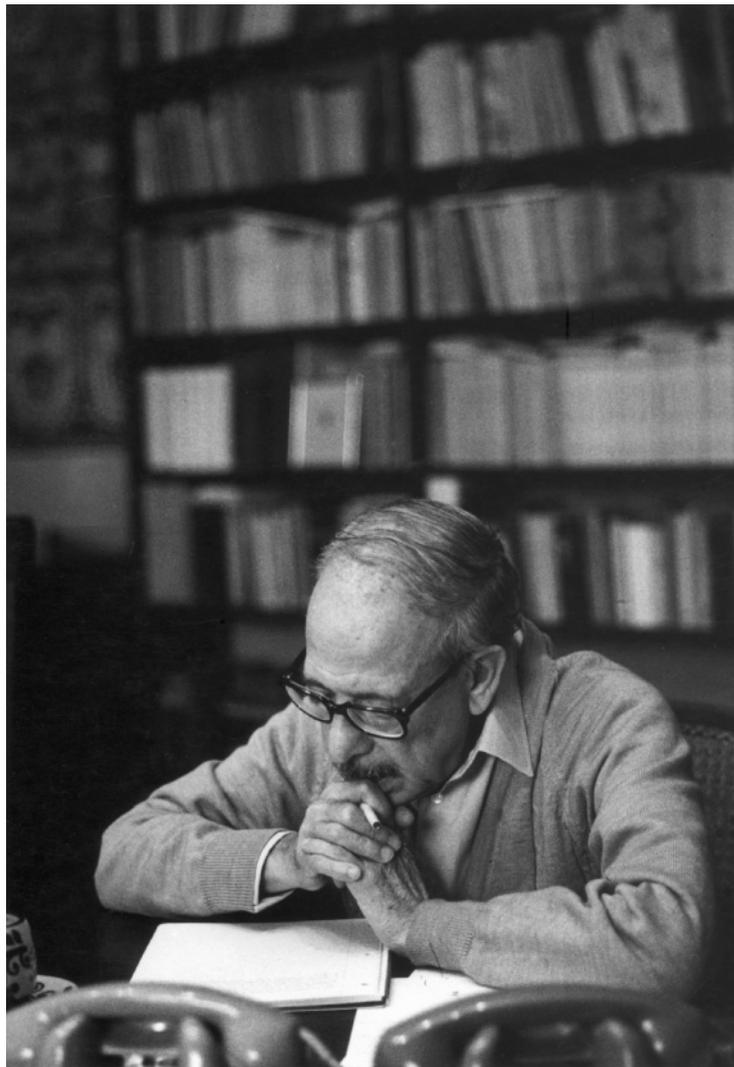
\*\*\*

Benítez fue también un excelente narrador. Lo atestigua *Caballo y Dios* (1945), su primer libro de relatos, desde hace años perdido en el silencio. El tema es la muerte; he aquí una probada:

La mano atrevida de la imaginación vuelve el reloj del tiempo y la arena principia a correr como en el mes de abril de 1519. Se borra la ciudad de Veracruz. Sus torres y sus frescos portales, sus calles y sus casas pintadas de rosa, de azul y de amarillo que alegra el sol de los trópicos, desaparecen como las ciudades al conjuro de los magos africanos en los cuentos orientales.

Así comienza la narración que da nombre al volumen. Por ese libro ya en los años cincuenta lo calificaban de “escritor de sobria expresión y emoción recóndita”. Lástima que Benítez decidiera abandonar la ficción cuando se dio cuenta de que el Boom latinoamericano había llegado. Lo confesó a Margarita García Flores, en el libro de entrevistas *Cartas marcadas*: “No tengo imaginación creadora”, afirmación que su novela *El agua envenenada* (1961) desmiente. Pero insistía en creer que llegó tarde a la repartición del talento para la ficción. Neceaba ante Margarita: “Mi desgracia es que me interesé en la novela en la época del Boom novelístico. Frente a mí estaban Carpentier, mi amigo Gabriel García Márquez, Julio Cortázar, Carlos Fuentes, y comprendí a tiempo que sería un novelista de segunda fila o de tercera. Y preferí ser un periodista de primera”.

Y vaya que lo logró. Nos legó libros indispensables para leer hoy, en un México que va de tropiezo en tropiezo, dando traspiés sobre el futuro y pisoteando su pa-



Fernando Benítez

sado. Ya lo expresó José Emilio Pacheco en enero de 2000, un mes antes de la muerte del periodista:

Conmueve pensar que Benítez fue el continuador de Ignacio Altamirano quien, sobre la patria en ruinas, luchó por levantar el edificio de las letras y las artes como una respuesta y una barrera contra la ola de sangre y de barbarie. Ya que la sangre y la barbarie han vuelto a ser nuestro pan cotidiano, la tentación de la desesperación es muy grande: nada sirvió de nada, la inmensa tarea resultó inútil. México es un país mucho peor de lo que era en 1961.

\*\*\*

Don Fernando escribió poco acerca de su niñez. Pareciera no haberla tenido. Era como si hubiese llegado al mundo, así, de sopetón, siendo ya un joven que vestía corbata, traje sastre y lentes como bastón para su miopía. Sin embargo, dejó líneas en sus obras. En *Viaje al centro de México* (1975), recuerda:

Yo, por ejemplo, vivía en una casa de la calle de Mesones y la ciudad, según se me presenta ahora, era una aldea

grande, colmada de pregones y repiques de campanas. Asistíamos a misa en el Altar del Perdón de la catedral —hecho que sin duda modeló una parte de mis gustos y mis inclinaciones—, oíamos los rosarios en San Jerónimo o en el lejano bosque de Chapultepec. Por supuesto, la época distaba mucho de ser tranquila. Recuerdo que los zapatas, vestidos de manta cargados de cananas, tocaban a la puerta y pedían —por el amor de Dios— un taco de frijoles, tratando de ocultar un rifle 30-30. Otro recuerdo que me impresionó fue ver a los soldados venidos del Norte pasarse largas horas gesticulando frente a los grandes espejos de los salones porfirianos puestos sobre las aceras de la calle de San Francisco. Entraban en oleadas los revolucionarios y salían en oleadas, pero fuera de estos episodios, y de ciertos sustos y carencias, nuestra vida no sufrió alteraciones de gravedad, porque mi familia, si bien era rica, no pertenecía a la dictadura ni cometió la torpeza de cambiar su vasta casa colonial por una ridícula mansión francesa.

Todos los vecinos del barrio nos conocíamos bien y tratábamos de ayudarnos. Si alguna vez salíamos de compras o de visitas, mi madre alquilaba una carretela de bandera azul, que costaba un peso la hora y desfilaba, despaciosa, por las calles olorosas a pan y a caballo. Las fiestas señalaban el paso imperceptible de las estaciones. Todavía a finales de los veinte la ciudad no había perdido su vieja cara religiosa de la Colonia. Estudiaba yo en la preparatoria en San Ildefonso, el antiguo y hermoso colegio

de los jesuitas, devoraba libros en la fría nave de San Agustín donde funcionaba desde los tiempos de Juárez la Biblioteca Nacional, o en la no menos fría de la Iberoamericana, recién inaugurada por Vasconcelos —imaginaba que todas las bibliotecas del mundo estarían instaladas en iglesias—, visitaba a mis compañeros provincianos en las derruidas casas de huéspedes contiguas al barrio universitario y yo mismo vivía en una casa semejante de oscuro zaguán, patio de columnas, escalera y corredores adornados con vidrieras de color.

Benítez se sabía descendiente del criollismo mexicano. Lo asumía como un punto de partida que era atavismo a la vez que reto. En el citado libro *Cartas marcadas*, de García Flores, acepta:

Yo nací en una familia criolla y he vivido toda mi vida entre criollos, o con mestizos con mentalidad de criollos, es decir, con mentalidad occidental. Cuando yo era chico, veía el contraste entre la clase media, los ricos y los numerosos pobres. En 1915, los pobres estaban vestidos de harapos, de remiendos, o vestidos de manta. Yo pensé, como todos, que era natural, que el mundo estaba dividido entre pobres y ricos, entre una clase y una serie de criados o de miserables y que en todos los países debía ocurrir lo mismo. Si bien queríamos a nuestros criados —muchos de ellos indios— pensábamos que eran, más



Fernando Benítez y Julio Cortázar

que seres humanos igual a nosotros, simples criados. Fue hasta muchos años después cuando comencé a comprender que aquello que se había iniciado en el remoto siglo XVI, seguía siendo lo mismo.

Y sí. Correría el tiempo para que ese criollo de ojos azules empezara a mirar a los otros, los de abajo, sin condescendencia ni lástima. Fue en la preparatoria el sitio donde sus maestros le enseñaron que México era así, injusto, pero podía cambiar. Benítez evocaba:

La preparatoria de aquella época, una consecuencia de la Revolución mexicana, inició el trabajo de hacernos comprender que México era uno de los países donde reinaba la desigualdad más absoluta. Nuestros maestros nos enseñaron a leer y a reflexionar sobre nuestra realidad. Por lo demás, yo pienso que todos los jóvenes tienen un fermento revolucionario.

Benítez pudo optar por la comodidad de su mundo y no cuestionar la desigualdad en su país. Pero tomó otro rumbo: el del periodismo, que conlleva preguntas incómodas a sí mismo y a los gobernantes, responsables de buena parte de la injusticia. A los ventidós años, en pleno régimen de su admirado general Lázaro Cárdenas, se inició en el oficio. Empezó en *Revista de Revistas*, de *Excelsior*, donde estuvo de 1934 a 1936. La dejaría para ingresar en *El Nacional*, a iniciativa de Héctor Pérez Martínez, quien para entonces era su subdirector. Allí Fernando se fogueó en el reporteo y en la escritura de artículos y editoriales. Desde adolescente ya escribía; según recuerda José Emilio Pacheco, “publicó versos de corte religioso; uno, que compuso a los diecisiete años, figura en las antologías de poesía guadalupana”.

\*\*\*

Seis de febrero de 1949. Había transcurrido un año ya de su despido del diario *El Nacional*. Benítez acostumbraba sacudirse los tropiezos emprendiendo nuevos retos. El que veía la luz ese día era el suplemento dominical “México en la Cultura”, de *Novedades*, periódico copropiedad de Rómulo O’Farril y del presidente Miguel Alemán.

Muchos intelectuales colaboraron en esas páginas, sobre todo jóvenes. Gastón García Cantú, muy cercano a Benítez, estaba en la mesa de redacción. Años después, José Luis Cuevas, quien meses atrás había dejado los pantaloncillos cortos, un día se animó a llevar un artículo. Así lo recuerda:

Tendría yo unos veinte años y llevaba bajo el brazo un texto que titulé: “La cortina del nopal”; llegué temeroso

por el enorme prestigio de este suplemento en donde colaboraban las mejores gentes de México y del extranjero. [...] El interés de Fernando se suscitó con las primeras líneas de lo que yo le llevaba. Me dijo: “Se va a publicar, hermano. Pero eres muy joven”. [...] esperé ansioso que llegara el día de la publicación de mi artículo y cuál sería mi sorpresa que apareció en primera plana y no sólo eso, sino que había entrevistado a otras personalidades y les había pedido que escribieran sobre el tema.

Ahí estaba el olfato periodístico de Fernando Benítez. Detectó que la tesis que sostenía Cuevas planteaba uno de los pendientes por discutir en el arte mexicano. En “La cortina del nopal”, José Luis levantaba la voz acerca del muralismo como expresión “oficial”, que todavía en esa época eclipsaba a otros pintores. “El novel dibujante —decía Margarita González Gamio en un texto— calificó a dicho movimiento, que ya se había vuelto restrictivo, como *cortina de nopal*, lo que le atrajo severas críticas y ataques que lo llevaron a dejar el país por varios años”.

“México en la Cultura” nacía en un país modernizador, pero con un alto índice de analfabetismo y casi veintiséis millones de habitantes, de los cuales menos de dos vivían en la capital. El editorial —escrito por Benítez— en el número uno del suplemento es memorable: “Abrimos una ventana al paisaje entrañable de México, al de su cultura que es, en nuestros días conturbados, un motivo de orgullo y una lección de llamado heroísmo. Lo mexicano con trascendencia universal y lo universal que fecunde lo mexicano podrían servir como lema”.

El “todo México” cultural de aquellos años comenzó a pasar por allí. Un jovencísimo José Emilio Pacheco (1939) llegaría en los años cincuenta, precedido de experiencia en otro suplemento: “Ramas Nuevas”, de *Estaciones*, la revista que dirigía el médico y poeta Elías Nandino. Tiempo después, José Emilio sería una de las manos derechas de don Fernando en la redacción. Lo recordó el poeta antes de que falleciera Benítez:

No nos hemos dado cuenta de su inmensa labor en los suplementos. Y es difícil hacerlo porque no existen, o no están disponibles, colecciones independientes: para consultarlos es necesario manejar centenares de tomos. Tampoco creo que hayamos sabido apreciar la admirable prosa narrativa de tantos libros como *La ruta de Hernán Cortés* —que este año cumple su medio siglo— y *Los indios de México*, la gran serie que coincidió en el tiempo con Mailer, Capote y Wolfe, y representa para nosotros la cumbre del *New Journalism*. Fernando Benítez, hijo del siglo veinte mexicano, también ayudó a crearlo como muy pocos otros. Todos estamos en deuda con él. Ha llegado el momento de reconocerlo y darle las gracias.

Trece años existió “México en la Cultura”, en un ambiente no exento de las presiones gubernamentales y empresariales que se entretejían en un *Novedades* cuyo principal socio era el presidente del país. Pero el contrapeso a esas presiones lo hacían colaboradores como Alfonso Reyes, quien tiempo después escribió: “La vida cultural en México durante estos dos lustros podrá reconstruirse, en sus mejores aspectos, gracias al suplemento de *Novedades*. Cuantos en él pusimos las manos tenemos mucho que agradecerle”.

Pero la estrechez de miras dio fin a “México en la Cultura”. Lo evocó así Carlos Fuentes:

los dueños del periódico se escandalizaron de que en la primera página (del Suplemento) apareciese un cuerpo humano desnudo. O, como decían antes las señoras decentes: pura gente *bichi*. Pocos años más tarde, en el mismo periódico, Fernando asumió la defensa de una joven revolución cubana recién llegada al poder y acosada por todas partes. La barba de Fidel Castro, por aquel entonces, espantaba más que los senos de la Venus, y esta vez Benítez fue despedido de *Novedades*.

Se terminaba “México en la Cultura”, pero las otras tareas de Benítez seguían vivas, vibrantes. Para 1962, el Fernando estudioso del pasado prehispánico y colonial había escrito ya *La ruta de Hernán Cortés* (1950), la obra de teatro —quienes la vieron dicen que fue un fracaso— *Cristóbal Colón* (1951), y *La vida criolla en el siglo XVI* (1953), *China a la vista* (1953) y *Ki, drama de una planta y un pueblo* (1956), investigación sobre el destino del henequén y los indios esclavizados en la explotación de esa fibra. Este libro será pieza clave, inicial, de la gran jornada periodística que empezará a la mitad de los sesenta en zonas indígenas. Para 1960 ya circulaban dos nuevas obras periodísticas: *La batalla de Cuba* (que escribió con Enrique González Pedrero) y *La ruta de la libertad*.

\*\*\*

Así que, mientras su periodismo cultural encontraba un nuevo hogar, él volvía al periodismo social que vertía en libros. Para confeccionarlo, viajaba a conocer los otros Méxicos, dejados de la mano de Dios. Luego de tremendas semanas de soledad y frío, retornaba a la capital buscando a sus amigos que se reunían en alguna casa, cada fin de semana.

En una de esas comilonas, a mediados de los años cincuenta, un Fernando casi cincuentón conoció a María Cecilia Armida Baz (1921). Ella, Machila para los amigos, cultivó la amistad de Diego Rivera y Frida Kahlo y del grupo de artistas que los rodeaba. Machila era bella, rebelde, voluntariosa y poseía manos mágicas para

la cocina. Ana, la hermana de don Fernando, constituyó el puente que juntó esas vidas, unión a la que contribuyó el sabor de las fastuosas comidas que por encargo de intelectuales Machila preparaba en su casa de Francisco Sosa. A esa mesa acudió un día Benítez, y seguiría yendo, pues se rindió ante los encantos de esa mujer “de ojos color jacaranda”, según la describe Fabienne Bradu en su espléndido libro *Damas de corazón*:

Durante casi una década, Fernando Benítez visitó con intermitente asiduidad la casa de Machila, a quien entronizaba y destronaba con la misma pasión, hasta que cayó en la cuenta de que el rey estaba viejo y que Machila ya no era el reino de este mundo. A pesar de la clandestinidad que encubrió los inicios de la relación para la familia Armida (Machila todavía no se divorciaba legalmente), la pareja no solamente vivió una vida pública, sino que se volvió una de las parejas más en boga y en la boca de los años cincuenta.

Fabienne escribe que don Fernando “pertenece a esa especie de los solterones apasionados y codiciados por la chispa de su inteligencia y los incendios de su corazón”. Estaba lejos de ser guapo, pero tenía un atractivo que no se vende en ninguna parte. Su principal encanto era su don conversatorio y su *charme* de bromista excelso. Por eso Machila también cayó rendida. Y juntos protagonizaron un amor de frenesí. La investigación de Bradu la llevó hasta las cartas que Benítez escribió a su amada, rebosantes de todo, como ésta:

Aquí, rodeado de lluvia, de soledad, recuerdo los días de sol y las noches colmadas de amor que me has dado. Amanecer con la palma húmeda y caliente de tu mano en la mía, tal vez sea una dicha demasiado grande para que fuera cotidiana. Me queda, vivo, el perfume a mar y a gardenia de tu carne, el denso sabor a sangre de tu boca, y me empapa el olor a hierbas y a sudor de tus muslos y miro cómo tu espíritu se asoma a través del Jacinto de tus ojos.

Tales palabras eran una mezcla de reclamo y dolor. Pero el que se iba continuamente era él, no ella. El periodismo era la gran pasión de Benítez. Esas idas hacia lo áspero del país tenían que ver con los libros que preparaba. En ese tiempo, investigaba en Huautla de Jiménez, donde habita el hongo sagrado, el verdadero “hermanito”.

Al bajar de ese territorio desolador y mágico, se cerraba a doble llave, como ermitaño, para escribir. Se forzaba a que no le ganara el amor, sino la disciplina y el silencio que impone la escritura. El Observatorio de Tonanzintla, de su amigo Guillermo Haro, era su escondite ideal, en medio de un cielo estrellado. Desde la grandeza de ese sitio, y luego de semanas de trabajo y soledad, le escribía a Machila: “Me sale moho en las ore-

jas; los bigotes me cuelgan como estalactitas; soy un monstruo inhumano que siento la pluma como parte de mí mismo. Huelo a papeles, a libros, a cigarros, a café. Es decir a lo artificial, a lo aniquilador, a lo absurdo. De todas maneras, avanzo a razón de tres cuartillas diarias, lo que me hace dejarme embarrado literalmente en el papel...”.

También lo apartaría del romance la realización de una nueva tarea: el suplemento “La Cultura en México”.

La llama del amor entre Machila y Benítez languidecía, hasta que se apagó.

\*\*\*

“La Cultura en México” nació el 21 de febrero de 1962, seis meses después de que O’Farril despidiera a don Fernando de *Novedades*. Con él llegaron sus amigos de siempre. Lo recordó Carlos Fuentes: “Con él nos fuimos todos sus colaboradores, en un acto, si no sin precedentes, siempre insólito en un mundo de acomodados, servilismo y silencios como era el de la prensa mexicana domesticada. Nos dio cabida, de inmediato, el gran José Pagés Llergo en las páginas de *Siempre!*”.

Pero ocurrió algo. Fuentes lo evocaba:

Benítez no escarmentó. A los pocos meses organizó una expedición al estado de Morelos para investigar la muerte del dirigente zapatista Rubén Jaramillo y su familia,

noticia que, una vez más, la prensa de la época había encubierto. Las presiones del gobierno de López Mateos contra *Siempre!* fueron instantáneas. Pero Llergo [*sic*] no cedió y Benítez siguió en *Siempre!*: perseverancia, suma de tiempos, memorias, actualidad, deseos...

El “jefe” Pagés tampoco cedería a las presiones del presidente Gustavo Díaz Ordaz el día en que “La Cultura en México” se solidarizó con el movimiento estudiantil del 68 en México. Benítez alzó su voz, en medio del páramo de silencio mediático, y escribió:

Granujas y espías se han disfrazado de locos, de jueces y de verdugos. La acumulación de hechos ignominiosos se hace insoportable. Nadie ha perdonado a nadie a la hora de la venganza. Nadie ha reconocido que el movimiento estudiantil ha supuesto nuestra única posibilidad de verdadera renovación en cuarenta años, la única fuerza capaz de modificar la arteriosclerosis del PRI, de los líderes corruptos, la injusticia del reparto de la riqueza pública, la situación trágica de los campesinos y de los indios mexicanos. Ahora ante el país se abren dos caminos: una nueva represión, y quizá por ello mismo el reino absoluto del terror y la destrucción de todo lo ganado duramente en estos años, o bien la reconstrucción integral de nuestra vida política y de nuestra enseñanza superior.

Para sorpresa de muchos, incluido Benítez, el suplemento no desapareció luego de este acto de valentía.



© Rogelio Cudlar

Fernando Benítez con Henrique González Casanova, Huberto Batis y Cristina Pacheco en la redacción del suplemento “Sábado” de *unomásuno*



Fernando Benítez

En 1970 lo dejó en manos de Gastón García Cantú y de Carlos Monsiváis.

\*\*\*

Para esos años setenta, sus tareas periodísticas ya eran demasiadas. Desde 1967 daba clases de periodismo en la Facultad de Ciencias Políticas, de la UNAM. Por si fuera poco, de 1969 a 1970 fungió como presidente de la sección mexicana del Pen Club. Hacia los años ochenta sería embajador de México en República Dominicana.

Los libros, siempre los libros aparecían en la vida de Benítez. Eran muchos los que leía para construir los suyos. Por ejemplo, para *La vida criolla del siglo XVI* consultó 150 y se hizo asesorar por grandes historiadores. Para escribir las dos obras acerca de Lázaro Cárdenas que empezó a principios de la década del setenta y publicó en 1977 y 1979, respectivamente (*Lázaro Cárdenas y la Revolución Mexicana* y *Entrevistas con un solo tema: Lázaro Cárdenas*), empleó más de 300 volúmenes. A él, periodista, le parecían pocos, pues decía que los historiadores consultan muchos más.

Pero la lectura de libros no sustituía sus investigaciones *in situ*. Por el contrario, lo motivaban a comprobar con sus ojos la realidad mexicana. Y, cuando constataba la injusticia, se indignaba. Se lo confesó a Margarita García Flores: “Hemos creado dos países trágicamente distintos”. Su ira por un país dividido entre los que tienen de todo y los que carecen de lo elemental está en *Viaje al centro de México*, pieza que fue tejiendo casi a

la par de los dos últimos tomos de *Los indios de México*, a mediados de los setenta. No obstante que *Viaje... fue* un trabajo periodístico subsidiado por su muy amigo, el regente Carlos Hank González, Benítez no dejó de mirar en los rincones de la miseria y la desigualdad que se vive en el Valle. Hay quien dice que ese encargo le trajo bienes materiales. Si así fue, qué bueno que le pagaron bien un libro hecho tan profesional y descarnadamente, que no tiene como finalidad “echarle porras” al regente. Aunque el libro no está exento de esos pasajes, son menores frente a lo que revela con crudeza:

Se ha encendido la luz roja, lo que se haga aquí (en el Valle de México), ahora mismo, es lo que determinará irreversiblemente el destino del país: o la muchedumbre airada y famélica, incontrolable, o la muchedumbre que va a repoblar su tierra, y a volverla fértil, a salir de las tinieblas y del caos y a establecer un orden superior de la existencia humana que como en los antiguos mitos indios fue posible gracias a las hazañas creadoras de los héroes civilizadores del centro de México. Estemos alerta. De nosotros depende que vuelva Quetzalcóatl, el Señor de la Aurora, o Texcatlipoca, el Señor de la Noche y de la Destrucción.

Años después, escribiría un libro que se publicó pero no circuló. Corría 1985 y el “profesor” Hank, ya retirado de la política, lo convenció de dictarle su biografía, que tituló *Relato de una vida*. Nunca sabremos por qué don Carlos no dejó que leyéramos sus memorias. Compró toda la edición y la hizo desaparecer.

\*\*\*

En 1977, haciendo un paréntesis en sus tareas librescas, don Fernando aceptó acompañar a Manuel Becerra Acosta en la fundación del diario *unomásuno*. Benítez volvería a la carga con otro suplemento, que ahora bautizó “Sábado”. En 1984, cuando se vino abajo el sueño de aquel *unomásuno* y Becerra Acosta traicionó a su gente y huyó a Madrid con un millón de dólares en la cartera, don Fernando se unió al equipo que dejó el diario para ir a crear *La Jornada*. Allí él inventaría su última aventura cultural: “La Jornada Semanal”. Estos dos órganos de la cultura fueron su obra más acabada en materia de suplementos, por su diseño y por la calidad de los colaboradores.

Fernando Benítez se acercaba a los ochenta años de edad y no tenía para cuándo bajar el ritmo de su tarea periodística. Por lo contrario: investigaba y escribía con furor, consciente, tal vez, de que el tiempo a su edad es oro molido. Esos años fueron los de la consolidación de su periodismo de investigación, siempre un paso más allá del que realizaban otros.

También fue la época más evidente de su cercanía con los políticos. ¿Quién buscaba a quién? No lo sabemos, lo cierto es que en su vida figuraron políticos y funcionarios, a veces como amigos, otras como sus jefes y en algunas como los mecenas de sus investigaciones. De muy joven admiró a Lázaro Cárdenas, a quien andando el tiempo conocería. En la década del cincuenta, el trabajo periodístico lo acercó a Miguel Alemán y a Adolfo López Mateos. De Gustavo Díaz Ordaz se mantuvo distante; decía que con él “ni a la esquina”.

Ya para los años setenta, Benítez era tremendamente admirado, respetado... y poderoso. De esa época data su cercanía con el entonces presidente Luis Echeverría Álvarez, de quien fue asesor. Ese cargo le permitió al escritor allanar el camino para que Julio Scherer García y su grupo se reunieran en Los Pinos con don Luis, a mediados del 76, año crucial para el destino de ese puñado de periodistas en el diario *Excélsior*. Quien recordó ese encuentro fue Gastón García Cantú, en un texto que apareció en *Siempre!* el 20 de diciembre de 1978. Se llamó: “Posdata para Vicente Leñero. Con Echeverría, en el Salón Colima de Los Pinos”. Recordaba Gastón que por la mañana de un tal día del 76, Benítez le telefonó para anunciarle que el presidente deseaba ver a Scherer y a sus compañeros, esa misma tarde. A las seis, llegaron al Salón Colima Julio Scherer, Samuel I. del Villar, Miguel Ángel Granados Chapa, Hero Rodríguez Toro, Manuel Becerra Acosta y Gastón García Cantú, para hablar del conflicto en *Excélsior*. Exponían sus puntos de vista ante el mandatario cuando de pronto, aprovechando una pausa, Benítez, con su voz engolada y teatral, le dijo a Echeverría: “Señor presidente, ayude usted a este noble grupo de periodistas mexicanos. Han defendido su periódico. El honor del país está a prueba y usted, con su alto espíritu de justicia, no permitirá un atropello semejante”. Luego de otro intercambio de ideas entre los periodistas y el presidente, el grupo se retiró de Los Pinos. Y ya sabemos lo que ocurrió el 7 de julio de ese año, 1976.

Pero Benítez no formaba parte del grupo selecto de Julio Scherer; sus caminos corrían dispares. Se alejarían más cuando Benítez acompañó a Manuel Becerra Acosta en la aventura de crear el *unomásuno*. Y se convertirían en abismo la tarde en que don Fernando no rompió con García Cantú cuando éste decidió regresar al *Excélsior* que ya dirigía Regino Díaz Redondo, el hombre que traicionó a Scherer.

En 1995, cuando tenía ochenta y tres años de edad, Benítez dejó el suplemento “La Jornada Semanal” en manos de Juan Villoro. Los ojos ya presentaban nuevos problemas. No era más el lector veloz y voraz del pasado. Tal vez para alimentar su hambre libresco, alguien le leyera por las mañanas como él lo hizo cuando niño para el anciano y ciego González Obregón.

Don Fernando había escrito, quizá, todos los libros que deseó, experimentando en casi todos los géneros, aunque en algunos fracasara como le ocurrió con la obra teatral *Cristóbal Colón*. Hizo dos novelas: *El Rey Viejo* (1959) y *El agua envenenada* (1961). Una enciclopedia: *Historia de la ciudad de México* (1982) y otra investigación: *Sexo y religión en la Nueva España* (1985). Tiempo atrás había vuelto a la carga con el tema del terruño donde nació; confeccionó una muy completa *Historia de la ciudad de México, 1325-1982*, en tres tomos (1982). Cerró su tarea de escritor con cuatro últimos libros: *Los demonios en el convento* (1985), *La nao de China* (1989), *El libro de las destrucciones* (1989) y *1992: ¿Qué celebramos, qué lamentamos?* (1992).

Recibió casi todos los premios importantes: dos veces el Nacional de Periodismo (1977 y 1986), también el Mazatlán de Literatura (1969), el Nacional de Letras (1978), el Nacional de Antropología (1986), la Medalla Manuel Gamio al Mérito Indigenista (1979), el de Artes y Ciencias (1978), el Universidad Nacional (1989), la Medalla al Mérito Ciudadano, por la ALDF (1992), la Gonzalo Aguirre Beltrán (1997) y el doctorado *Honoris Causa* por la Universidad Autónoma de Guadalajara y fue nombrado maestro emérito por la UNAM.

A los noventa años todavía mostraba su sentido del humor al burlarse de sus achaques de vejez. Conservaba su gusto por el buen vestir; ya sus trajes no los compraba “en Macazaga”, como en los años cincuenta; de tiempo atrás eran “magistralmente cortados” —según apuntó Elena Poniatowska— “por Campdesuñer”. Era honesto al decir que “desde chiquito me vestí así”, se lo confió a García Flores. Y agregó: “No veo la necesidad de defender a los trabajadores y a los campesinos vestido de huichol o de obrero, porque no soy ni huichol ni obrero. Lo importante es que el hombre que se viste con el mejor sastre de México, un hombre que tiene un camisero especial, pueda vivir en una cabaña piojosa y desahogada, un año entero con los indios. Obras son amores, y no buenas razones”.

Seguía siendo un *bon vivant*. Pero había dejado de ser, eso sí, “un pedante”. Eso, indicaba, “me lo enseñaron los indios mexicanos”. En el homenaje que le rindieron las autoridades de la Ciudad de México en 1997, detalló su estado de salud: “Amigos, perdónenme que les lea estas dos cuartillas; ya no puedo improvisar como antes, estoy semiciego y escribo por pedazos muy pequeños porque he perdido la memoria y la vista...”. Cerró su intervención, agradeciendo la investigación que Espinosa Villarreal ordenó acerca de su tarea periodística. Dijo: “Es un alto honor para un periodista cuyo trabajo vive un día y se hunde en el olvido de las hemerotecas”.

Ojalá no le asistiera la razón. **U**